

## Homilía del III domingo del tiempo ordinario A - 25 de enero de 2026 (Is 8, 23b - 9, 3; 1 Co 1, 10-13.17; Mt 4, 12-23)



La Palabra de Dios de este domingo se abre con una promesa llena de esperanza: "El pueblo que caminaba en las tinieblas vio surgir una gran luz". Isaías habla de un pueblo herido, humillado, probado por la dominación y el miedo. Sin embargo, en el corazón mismo de esta oscuridad, Dios hace brotar una luz. Esta luz, el Evangelio nos dice hoy que tiene un nombre y un rostro, se llama Jesús.

El pueblo que caminaba en las tinieblas vio levantarse una gran luz. "Estas palabras del profeta Isaías llegan a nuestro mundo actual. Hoy avanzamos en un mundo oscuro, lleno de conflictos, divisiones, miedo al futuro y sufrimientos cotidianos. He aquí que el Evangelio proclama que hay una luz que se ha levantado, es Cristo. En el evangelio, Mateo especifica que Dios no espera que todo vaya bien para venir a nuestro encuentro. Jesús comienza su misión en Galilea, una región periférica, donde los pueblos son a menudo despreciados. Esto nos recuerda que la luz de Cristo no brilla primero en los lugares del poder, sino donde los hombres son frágiles y vulnerables. A menudo Dios elige lo que está al margen para manifestar su gloria.

El primer mensaje de Jesús es un mensaje de conversión: "Convertíos, porque el Reino de los cielos está cerca". Convertirse no significa solo cambiar algunos comportamientos, sino orientar toda la vida hacia Dios, dejarse iluminar por su luz. La conversión es el camino que conduce a Dios. Porque entrar en el reino es aceptar que Dios está en el centro de nuestra vida y que ilumina todas las zonas de sombra.

Es por eso que Jesús llama a los pescadores:

"Venid a mí, y os haré pecadores de hombres". Seguir a Cristo supone soltar lo que nos retiene, lo que nos da una seguridad ilusoria para apegarnos al que permanece. Cristo no elige expertos o poderosos, sino hombres sencillos, que se dejan transformar por su palabra.

San Pablo, en la carta a los Corintios, nos advierte contra toda forma de división. Porque Cristo no está dividido. Ser discípulo de Jesús es entrar en una comunión, rechazar las rivalidades, buscar la unidad. La luz de Cristo no divide, sino que reúne e ilumina para construir la comunión.



Hermanos y hermanas, este tercer domingo del tiempo ordinario nos recuerda que el Señor sigue llamando hoy. Él nos invita a salir de nuestras tinieblas, convertirnos y caminar en su luz. Acojamos su luz, dejémonos atrapar por su Palabra y seamos nosotros también testigos de esta luz que nunca se apaga. Amén.

Claude MARSAUD, fsg